

nos en estando juntos en un convento, digo en una barriga; pues vemos que Jacob y Esaú *colidebantur parvuli in utero ejus*: sin duda ninguna que la lucha se originaría de verse en el estrecho del vientre ó del convento; y lo principal porque *erant parvuli*, que si fueran varones perfectos no fueran en plural, sino uno *in virum perfectum* aunque fueran más y tuvieran naturales tan distintos como los cuatro de la carroza que no solamente eran cuatro sino con cuatro caras cada uno, y todos cuatro no eran más que un Jesucristo y una cara de Jesucristo: *facies hominis in eis id est facies Christi*. Por lo cual si todos fuéramos perfectos se gloriaría el Señor y se consolaría como en sus siervos porque no habría en todos ni en cada uno más que un espíritu y una fé, y así todos iríamos á una donde guiara este espíritu, solo espíritu de Jesucristo: pero como esta perfección es de pocos, parece (·) que V. Rma. se digne si le parece y Dios Nuestro Señor se lo manda, de concederme dicha licencia de escojer hasta cuatro ó los que V. Rma. le pareciere, aunque sean de las Provincias que sabiendo que no han de pasar por el estrecho del quasi año de noviciado y que si después de acompañarme en este ejercicio apostólico se quieren pasar al Colegio Apostólico de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas ó al que quisieren de los que están fundados, que son Querétaro, Guatemala y Zacatecas, ó si no que desde este ejercicio sin tocar en colegio se pueden volver á su santa Provincia sin nota de que retrocedieron, sino que solo me acompañaron este tiempo por la licencia de V. Rma. que tenía yo para ello.

Bien veo que he sido molesto, pero Dios me dió esta vez licencia para que se lo represente y para que V. Rma. no haga más que lo que su divina Magestad le inspirare, que eso y no más ruego, por amor del mismo Señor, que nos guarde á V. Rma. como hemos menester sus hijos.

Misión de Nuestra Señora de Guadalupe de los Texas, y Marzo etc.

La obra magna.

¿Habeis visto alguna vez el convento de Guadalupe? escribí en 1848 un célebre diplomático zacatecano. (*) ¿Habeis visto aquel sitio montañoso, salvaje y antes solitario, en el cual el monasterio fué construído? ¿Habeis recorrido el interior de aquel edificio suntuoso, sí, pero á la vez triste, sombrío y solitario; y no obstante estar poblado por un crecido número de religiosos, silencioso y melancólico por el recogimiento y la taciturnidad de los frailes que lo habitan? ... Si no habeis entrado jamás en ese vasto y bien construído monasterio; si no habeis penetrado en sus celdas; recorrido sus claustros y prolongados corredores; si no habeis visitado sus patios y huertos; si no habeis visto cuando á la luz pálida de la luna, bañando aquel triste recinto, aparecen en el interior los monjes, que callados atraviesan, pasando lentamente como sombras que se suceden una tras de otra, cubiertos con sus mantos cenicientos, cual si acabasen de ser evocados de la tumba; si no habeis oído á la media noche el toque de la campana resonando en las bóvedas sombrías; no habeis gozado una de las emociones más vivas y profundas que pueden conmover al pecho humano.

“En este convento hay consuelo para la adversidad, caridad para la desgracia y tolerancia para el hombre que ha caído en el error: en él hallareis asilo y hospitalidad cuando deseéis estar á cubierto de las pasiones en las *alas de la religión*, ó si quereis descansar alguna vez de las vagas y penosas agitaciones de la vida. Allí vereis ancianos cargados de años y de merecimientos, ricos de ciencia y de virtud, que han estudiado al hombre en la soledad en que habitan los salvajes, en las ciudades populosas y en las chozas donde

[*] D. Luis de la Rosa, Ministro plenipotenciario de México en los E. U. A.

mora la miseria. Allí tendreis silencio para meditar sobre las ilusiones de la vida; recogimiento para elevar vuestra alma, melancolla para suspirar, si os oprime el dolor, ó si os aflige algún tierno recuerdo; y soledad para llorar los infortunios que causan las pasiones. Allí hallareis, en fin, inspiración y grandes pensamientos." Cuando nos proponemos decir una palabra sobre ese plantel de ciencias y de apostólicas virtudes, no es nuestra mente entrar en detalles sobre su extinción.... Nos proponemos solo, al escribir estas líneas, hacer algunas apreciaciones acerca de la obra destruída: no en sus relaciones sociales, no en sus trascendencias políticas, sino tal vez únicamente en sus relaciones con nuestro corazón, con las necesidades más íntimas de nuestro individuo. Para hablar con esta limitación creemos que nos basta habernos puesto en contacto alguna vez con el objeto de que nos ocupamos: ¿A quién se niega hablar de lo que ha visto y sentido?

En 1854 accidentalmente residíamos en Zacatecas, de donde fuimos después á vivir algunos meses en la villa de Guadalupe. Es esta una población de más de seis mil habitantes, compuesta en su generalidad de gente operaria; el principal vecindario se reduce á algunas familias de mediana fortuna, que llevan una vida sencilla, y unas costumbres en lo general bastante arreglada. Observamos muy en breve que en la población muy poco tiene que hacer la policía, cuyas funciones están casi totalmente prevenidas por la buena moralidad del común. En la villa toda, se respira un cierto aire de gravedad austera que da muy bien á conocer la influencia que sobre ella ha ejercido desde muchos años el espíritu monástico, á cuya sombra nació la generación actual y la que le precedió.

Esa influencia ejercida sobre la villa por el espíritu de un convento, no procede del prurito que los religiosos tengan por influir en los negocios públicos de la sociedad que les rodea, ni en los domésticos de las familias que forman esa sociedad. Bien lejos de eso, ellos

apenas tienen tiempo para dar lleno á sus deberes que su instituto les prescribe, y se aíslan absolutamente de todo aquello que pudiera distraerlos de la abstracción que demanda una regla observada en todo su rigor primitivo. Esos religiosos, con una constancia infatigable, administran los sacramentos al pueblo, predicán la palabra divina, auxilian á los moribundos en toda la población. Los días festivos son llamados á las haciendas inmediatas para que celebren el sacrificio y enseñen la doctrina á los numerosos fieles que viven dedicados á los trabajos rústicos ó al beneficio de los metales preciosos.

Una multitud innumerable de viudas, huérfanos, enfermos é inválidos, todos los días á las doce se agrupan á una de las puertas del colegio, en donde reciben gratuitamente un alimento que no podrían encontrar en otra parte; alimento que para algunas familias no solo satisface la necesidad de aquella hora, sino que es bastante para cubrir las exigencias de todo el día. Eso es á más de los auxilios que reciben en su misma casa muchas personas, á quienes por vergüenza ó por impedimento físico, no les es dado ir á llamar á las puertas de la caridad.

Del jardín del monasterio se proveen todos los que lo necesitan, de yerbas medicinales, aun de hortalizas de uso común y de frutas de gusto, sin que todo ello les cueste más que el trabajo de llamar á una puerta, invocando el nombre de Dios y de María. Una familia tiene una pesadumbre, un acontecimiento grave que lamentar, y las primeras palabras que escucha de consuelo, son de la boca de un religioso, que, sin necesidad de ser llamado, vuela á derramar en el seno de la desolación, un bálsamo más precioso todavía que el que derramó la pecadora sobre los piés del Salvador. Por esto es que, cuando un religioso muere tal vez en sus años floridos, la villa toda se interesa en el acontecimiento: su cadáver se cubre de flores que le presenta la gratitud de un pueblo, que con lágrimas le di-

ce su adios postrero, dando testimonio de que "con lo poco que vivió, llenó la carrera de una larga vida, y ha recibido la recompensa de una virtud consumada." Página brevísima que encierra toda una historia, pero que nunca ha podido escribir de ninguno de sus héroes, la humana filantropía con todos sus esfuerzos.

En una de las veces que concurrimos al templo, acertamos á llegar á la hora en que se solemnizaba la toma de hábito de cuatro jóvenes de los que el mayor tendría veintitres años; entre ellos estaba un ciego de nacimiento. Celebramos la oportunidad de presenciar un acto de que nunca habíamos sido testigos, y sobre el que, como principio de la vida monástica, se declama por muchos hasta el fastidio.

Había una concurrencia numerosa, no obstante que el acto que se preparaba es muy frecuente en Guadalupe; pero sin duda que los prodigios de la religión cristiana, por repetidos que sean, nunca dejarían de causar admiración y excitar interés en un pueblo creyente. En el pavimento del templo, cubierto con preciosas alfombras, estaban cerca del presbiterio cuatro hábitos en forma de cruz y adornados de flores: próximos á ellos estaban los postulantes, de rodillas, y todavía con traje secular. Después de haber hecho estos su solicitud en la forma de estatuto, siguió una alocución dirigida á los mismos por un eclesiástico venerable por muchos capítulos.

Esa alocución, sin pasar de la categoría de un plática adecuada al objeto, tuvo toda la sencillez de una homilía de los antiguos Padres, y la unción del orador que habla porque cree y porque siente. El predicador habló á los postulantes, de la gravedad del estado que se proponían abrazar; de las numerosas y agudas espinas que se ocultaban bajo de un sayal que, en aquel momento, se les presentaba cubierto de flores; de lo difícil que es el camino que conduce á la perfección evangélica; que no todos los hombres son capaces de ésta, y que si bien todo cristiano está obligado á los

preceptos, son pocos los capaces de reportar las cargas consiguientes á la práctica de los consejos del Evangelio que aun en las soledades del claustro, bajo las bóvedas del santuario se suscitan espantosas tempestades, tanto más terribles cuanto más calladas á manera de esas borrascas silenciosas que fermentan en la profundidad de los abismos del mar que apenas se dejan percibir por una ebullición superficial, pero que una vez que revientan levantan hasta las estrellas del cielo, las algas y los mariscos que hubieran arrancado de las mismas entrañas de la tierra.

Siguió á esto la absolución dada por el prelado á los postulantes; la bendición del hábito y del cordón; el acto de despojarse de las vestiduras profanas y cubrirse con el traje monástico; el canto de un himno sagrado y una exhortación á los admitidos á dar gracias á Dios por haberles puesto en un camino de salud, después de lo cual fueron conducidos al interior del monasterio por la comunidad que había asistido al acto.

Dijimos antes que entre los cuatro jóvenes á quienes vimos tomar el hábito en Guadalupe, había un ciego de nacimiento. Este se recibió como novicio para la profesión laical. Era originario del Cedral: en la casa de sus padres se hospedaban con frecuencia los padres de Guadalupe, y esto hizo que el ciego les cobrase afecto, así como al instituto monástico de que eran hijos los frecuentes huéspedes de su hogar paterno. Era músico y pulsaba con admirable dulzura el arpa y la flauta. Poseía ese estilo peculiar á los mismos ciegos, cuyas concepciones musicales, muchas veces, no tienen imitación en las escuelas del arte. Pretendiendo alguna vez sujetar al análisis de nuestro sentimiento las cadencias y armonía de la flauta de nuestro ciego, encontramos en ella una sucesión grave de períodos dulcísimos, interrumpida de vez en cuando por arranques muy vivos que registraban las notas más agudas, elevándose hasta los cielos de donde descendía el músico con igual rapidez que se había elevado, para conservarse á una altura modesta, la del corazón sencillo.

Este ciego llevando en el claustro todavía la vida de donado, se hizo conducir al órgano del templo; se impuso de la riqueza del instrumento, y se prometió pulsarlo con la misma destreza con que pulsaba su arpa y su flauta. Y sucedió así, porque muy en breve, él ejecutaba la música del coro para la celebración de los divinos oficios. No llegó á hacer la profesión monástica, porque su padre con el ascendiente de tal, hizo todo el empeño posible para disuadirlo de su resolución; logró en efecto arrancarlo, á su pesar, del asilo que había encontrado en el monasterio: algún tiempo después, hizo esfuerzos el piadoso ciego para volver á la casa de su elección, pero se le opusieron las mismas dificultades domésticas.

No nos ocuparemos de describir el interior del santo monasterio de Guadalupe, ni la bella distribución de sus departamentos, sus hermosísimos patios, su extenso jardín y algunas obras de arquitectura dignas de especial mención: esto no cumple al propósito que nos hemos fijado. Nuestro objeto es dar á conocer las impresiones que en un claustro se pueden recibir. Al describir estas, nos ocuparemos muy al paso de algunos objetos materiales á que conservamos ligado algún recuerdo. Por tanto no será extraño que pasemos por alto verdaderas cosas notables, y que mencionemos otras muy triviales.

Al caer la tarde entramos al Colegio, y después de haber recorrido algunos ambulatorios, apenas alumbrados por la incierta luz del crepúsculo, quedamos en posesión de la celda que nos fué señalada para habitación. Como no sabíamos todavía la distribución del extenso edificio, al entrar á la celda perdimos hasta el rumbo hácia donde quedaba la puerta principal, y nos encontramos como extraviados en nuestra misma casa.

En aquella celda encontramos los muebles necesarios para nuestra permanencia de algunos días; una mesa con útiles de escritorio y algunos libros; todo era pobre pero aseado con esmero. Tan luego como

nos instalamos en este lugar, sentimos una especie de transformación en todo nuestro individuo, que nunca podríamos explicar cumplidamente.

Toda esa noche estuvo llamando nuestra atención el ruido extraño que formaban las impetuosas corrientes de viento que entrando por los brocales de un aljibe, iban á hacer una explosión en la profundidad semejante á la detonación lejana de una pieza de artillería de batalla. Esas ráfagas de viento eran una imagen de las pasiones del siglo, que invaden hasta el ámbito silencioso de los claustros, para hacer contra sus muros la postrera explosión, cuyo ruido trae el recuerdo de las borrascas de allá afuera.

Permanecemos más de quince días en el Colegio de Guadalupe, recibiendo en cada uno de ellos frecuentes obsequios y manifestaciones muy expresivas del aprecio de unos huéspedes que no nos conocían, ni supieron de nosotros otra cosa más, que habíamos llamado á las puertas de su casa en busca de la paz del corazón. Algunos religiosos nos visitaban diariamente; pero sin ser nunca importunos ni embarazarnos de nuestra dedicación á otros objetos. Ningún religioso, al hacernos sus visitas, dejaba de llevarnos un pequeño obsequio de aquello que creía podría sernos útil ó necesario, nos preguntaban, con empeño, si carecíamos de alguna cosa ó si deseábamos otras, y se esforzaban por prevenir á nuestros deseos.

Los mismos que nos visitaban, se ofrecieron á enseñarnos lo que hubiera de más notable en la casa: la vasta extensión de ésta, sus hermosas capillas interiores, su biblioteca con un gran número de volúmenes, sus bellísimas pinturas, su galería de retratos de religiosos del mismo Colegio, célebres según el espíritu del Evangelio, su huerta provista de gran variedad de legumbres y frutas; todo lo conocimos y visitamos repetidas veces conducidos por los padres, que sin hacer misterio de cosa alguna, contestaban con comedimiento á las preguntas que les hacíamos sobre diversos objetos que se nos presentaban á la vista.